



EL TERCER BRAZO

LARRY
NIVEN
JERRY
POURNELLE

minotauro ESENCIALES

**EL
TERCER
BRAZO**

LARRY

NIVEN

JERRY

POURNELLE

minotauro ESENCIALES

Título de la edición original:
The Gripping Hand

© Larry Niven y Jerry Pournelle, 1993

© Traducción de Elías Sarhan

© Editorial Planeta, S. A., 2004
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0866-9
Depósito legal: B. 7.220-2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1. Rincón de la interacción

¡Oh, Dios! Podría estar confinado en una cáscara de nuez y considerarme rey de un espacio infinito, si no fuera porque tengo pesadillas.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Hamlet, acto 2, escena VIII

Una cabeza decapitada giraba en un cielo negro. Había sido un marino: mandíbula cuadrada, pelo rubio muy corto, brillantes ojos muertos. La boca laxa trató de hablar. «Cuénteselo –dijo–. Deténgalos.» El vacío le había hinchado la piel, y la sangre se había convertido en burbujas congeladas en el grueso cuello. «Despiértelos. Despiértelos. Señor Bury, señor, despierte», dijo con apremio. El cielo estaba lleno de pequeñas formas de seis extremidades. Se agitaron en el vacío, encontraron el equilibrio y flotaron hacia él, lo dejaron atrás, flotaron hacia el acorazado *Lenin*. El vacío se tragó su grito. «Despierte –rechinó–. Por favor, excelencia, debe despertar.»

Su excelencia Horace Hussein al-Shamlan Bury, comerciante y magnate, se sacudió bruscamente y se irguió hasta quedar sentado. Agitó la cabeza y se obligó a abrir los ojos.

El hombre pequeño y oscuro se hallaba de pie a una distancia prudencial. Bury dijo:

–Nabil, ¿qué hora es?

–Las dos de la madrugada, excelencia. El señor Renner insistió. Pidió que le dijera: «La mano que aprieta».

Bury parpadeó.

–¿Está borracho?

–Mucho. Desperté a Cynthia. Le está preparando café. Le hice tomar vitaminas y beber un poco de agua. Fue atacado en el exterior de la casa. Matamos a los tres, excelencia.

–Negligente.

Así: tres cadáveres. Por lo menos Renner tenía cierta disculpa para despertarlo.

–El señor Renner estaba borracho y yo dormido cuando sonó la alarma –se excusó Nabil–. Señor, usaron armas de fuego.

–De acuerdo. ¿La mano que aprieta? Renner ha visto demasiadas holopelículas.

–Sí, señor. Excelencia, debería ir a ocuparme de las cosas.

–Sí, los cadáveres. Querremos saberlo todo sobre ellos. ¿La mano que aprieta? –Bury salió de la cama de agua. Con el movimiento la cabeza le dio vueltas, y todas sus articulaciones crujieron en protesta–. Bajaré enseguida. Tenme preparado café, café de verdad. Que Alá os ayude a los dos si me habéis despertado solo por un atraco.

La bonita y nueva túnica espartana de Renner se hallaba cubierta de sangre, aún húmeda. Tuvo problemas para enfocar la vista. Ya estaba hablando cuando Bury trajo café turco hecho por Cynthia y se sentó.

–Esperaban fuera –dijo–. Despedí al taxi y me dirigí hacia la puerta. Dos salieron de Dios sabe dónde. Uno me aferró los brazos por la espalda. El otro me roció Pacífico Sam en la cara. Creo que era eso; no intenté olerlo. Contuve la respiración. Mordí el diente alarma, expelí la pistola de mi manga y lo rocié. Cayó sobre mí. Sonó como si por todo su cuerpo explotaran palomitas de maíz. De ahí viene la sangre. Al tipo que tenía detrás le rocié los pies.

Nabil se hallaba ante una consola, siguiendo en la pantalla a uno de los agentes de Bury que comenzaba una autopsia del primero de los tres atacantes muertos. Alzó la vista y comentó:

–El señor Renner había llamado para decir que venía, de modo que el personal le aguardaba, por supuesto. Cuando oímos la alarma estuvieron preparados en el acto.

–Preparados –repitió Renner–. Nabil, no te he dado las gracias. Horace, se merece una bonificación.

Bury sorbió café turco dulce de una taza diminuta. Renner se bebió de un trago el que le había dado Nabil: un café negro nocivo, dosis para cuatro personas en una taza de desayuno con una rodaja de limón flotando en él. Le desorbitó los ojos y le erizó el pelo.

Bury también hizo una mueca, solo de observarlo.

–¿La mano que aprieta? –preguntó.

–La mano que aprieta. Una mano, otra mano, la mano que aprieta. Llevo oyéndolo toda la noche. No te saqué de la cama para hablarte de un maldito atraco.

Pudo seguir los pensamientos de Bury. «Está borracho. Habla sin sen-

tido.» Entonces entendió el sentido y la sangre desapareció de la cara oscura de Bury.

–¡Eh! –exclamó Renner, y alargó un brazo para sostenerlo.

Bury se lo quitó de encima.

–Informa.

Renner se sentó un poco más erguido.

–Salí para echar un vistazo, como siempre. Me vestí con elegancia y de forma llamativa. Piloto bien pagado al servicio de un comerciante billonario, con dinero y en busca de diversión. Primero...

–Interpretabas a Renner.

–Es la parte fácil de mi trabajo. Por lo general.

–Continúa.

Sintió los labios entumecidos y como si fueran de goma. De algún modo consiguió ponerlos en movimiento.

–En la Compra de Maxroy a un burdel lo llaman un «rincón de interacción». Había oído hablar de Ressina's. Fui ahí. No quería a su mejor chica; quería a una nativa. Salí con una dama llamada Belinda...

El espacio es vasto. Las costumbres cambian, y cada colonia humana es distinta. Algunas imitan de forma servil los modales de la Corte imperial. Otras tratan de ser como sus antepasados terrestres... o, lo más probable, como les contaron que eran sus antepasados terrestres.

El sol se ponía en algún lugar detrás de la niebla cuando llegaron a la Cueva Marina de Shibano. La gente de Maxroy se acostaba temprano.

Belinda era una rubia pálida, alta, con la cara en forma de corazón. Tenía un marcado acento de la Compra de Maxroy.

–¡Oh, es maravilloso! Nunca había venido. ¿Sabes que aquí no sirven copas?

De hecho, Renner había elegido el lugar. Era un restaurante mormón japonés. La Compra de Maxroy había sido colonizada primero por mormones, y estos aún representaban un buen porcentaje de la población.

Belinda se mostró alarmada cuando trató de pedir *grips al crótalo*.

–¿Sabes lo que te van a servir?

–He leído sobre este plato.

–De acuerdo. –Ella sonrió–. Te ayudaré.

Había mostrado dudas acerca del sake sin alcohol, pero tenía buen sabor. Podría emborracharse después. Renner a menudo se consideraba un playboy-espía. Él captaba con los sentidos de la tierra, mientras Bury usaba sus propios medios para recabar información.

Los medios de Bury a menudo le sorprendían.

Bury seguía el movimiento del dinero a través del Imperio. Solo eso. Era el mismo príncipe mercante que había sido siempre, únicamente con esta diferencia: durante el último cuarto de siglo vigiló las maniobras de los Exteriores y mantuvo informada a la Marina.

Los Exteriores eran los mundos fuera del Imperio del Hombre. Algunos eran inofensivos, otros no. Quince años atrás, la piratería Exterior había sido expulsada de la Compra de Maxroy y del sistema. Habría cabido esperar que el flujo de dinero por el sistema hubiera disminuido. Solo Bury habría notado que no había descendido lo suficiente. Él vendía civilización; y la Compra estaba adquiriendo demasiada.

Bury disponía de cierto tiempo..., y Autonética Imperial era propietaria de tres naves allí...

El camarero de ojos almendrados intentó ocultar una sonrisa afectada cuando trajo el plato principal de Renner. Era algo llamativo, un cuenco poco profundo de unos treinta centímetros de ancho y doce centímetros de alto. Los clientes de otras mesas interrumpieron la conversación para mirar cuando lo colocó delante de Renner.

Las criaturas del cuenco podrían haber sido cangrejos de cuatro patas. Les palpitaban los lados. Renner recordó haber leído que eran animales de tierra. Casi podían llegar hasta el borde del cuenco antes de cejar en su intento. Sus ojos estaban clavados en los de Renner mientras ascendían hacia él. Parecían hambrientos y decididos.

–Coge el crótalo –dijo Belinda en voz baja–. Es el tenedor de dos dientes. Usa el pulgar y dos dedos. –Se hallaba junto al cuenco. Renner lo cogió. Belinda susurró–: Clávalo justo detrás de la lámina de la cabeza. Hazlo con la suficiente fuerza como para ensartar los dientes. No querrás que se te caiga.

Titubear era malo: los *grips* se moverían. No podías culparlos. Renner apuñaló a uno y levantó el tenedor. Belinda dijo:

–Desengánchalo con el borde. No has clavado con bastante fuerza. Muerden. –Renner lo desenganchó y probó con otro. Los bichos no eran rápidos, pero no resultaba fácil centrar el tenedor. Lo clavó–. Bien. Levántalo. Con la mano izquierda coge el rabo. Tira con fuerza.

Tiró. El rabo exoesquelético se desprendió, dejando al descubierto cinco centímetros de carne blanca.

Todos los ojos estaban fijos en Renner, observando cómo hacía el ridículo. El rabo desnudo se retorció. Se sintió como un asesino.

–¡Así acabas, desgraciado habitante del desierto! –comentó–. ¿Nos hablarás ahora de vuestros movimientos de tropas?

–En realidad, era delicioso. Deberías probarlo –dijo Renner. Bury le miró–. Ya había hecho eso antes, ¿sabes? Pedir algo llamativo, como *crêpes suzettes*. Provocar que me miren a mí, y luego captar una conversación. En esta ocasión solicité que viniera el dueño. Apareció para darnos una conferencia. «Mire ese *grip*. ¿Ve cómo se mueve? Por un lado, si se mueven mucho, quizás estén enfermos. Por otro, si no se mueven, no han comido bien. Por la mano que aprieta, si son demasiado jóvenes y sanos, se escaparán y tratarán de comerle a usted. Eso no le gustaría.» Di un buen salto cuando metió la mano en el cuenco. Eso le gustó. «Pero mire, vea cómo ataca mi dedo artificial. Este es un *grip* sano. En otros sitios, ven a un turista y le sirven cualquier cosa. Aquí no. Lex Shibano no sirve nada más que comida sana. Si entra en su cuerpo, debe ser buena. Yo...»

–¡Renner!

–Oh. En cualquier caso, una vez apareció Shibano, nadie quiso estar cerca de nosotros. Imagino que es uno de los riesgos de comer ahí. Cuando se fue, la gente de la mesa de al lado había perdido todo el interés. Así que escuché disimuladamente un poco. Creo que los dos hombres que había a mi derecha eran banqueros.

–Supongo que tarde o temprano irás al grano.

Renner asintió.

–«Podríamos vender y obtener beneficios. Aunque la Bolsa está subiendo en Tabletop. Podríamos aguantar y conseguir dinero de verdad.» El otro dijo: «Por la mano que aprieta, la inflación es desmesurada en Tabletop. Metámonos en otra cosa». –Bury envejecía mientras miraba–. Hablé con Belinda. Tiene ambiciones, pero, demonios, no es estúpida. Ella..., veamos si lo hago bien...

»“Sí, Kevin, podría haberme pasado la vida como un ama de casa decente. La vida de granja no es mala si puedes permitirte mantener las máquinas..., pero si tengo cuidado y suerte, quizás consiga llegar a Esparta. Hacerme rica. Luego montar un restaurante o algo así. ¿Qué posibilidades tengo de llegar a Esparta?”

»No quería mentirle, así que...

–Continúa.

–No dije nada. Bajó la vista a su plato y comentó: «La mano que aprieta es que nunca seré otra cosa que un desecho de Maxroy. El acento, la forma en que camino..., ¿hasta dónde puedo llegar?».

Renner se detuvo para dejar pasar el café negro más allá de su lengua y hacerlo bajar con medio vaso de agua.

–La mano que aprieta –apuntó Bury.

–Quería una copa. La llevé a la Cima del Mundo. Es un bar y restaurante giratorio en el extremo del espaciopuerto. Las personas de la mesa de al lado parecían prospectores. «Los precios son buenos para la mag-

nesita de ópalo y necesitamos el dinero.» El segundo sujeto dijo: «Tengo entendido que cada vez es más difícil encontrar bloques tan grandes como el nuestro. El precio subirá». El primero comentó: «Horace Bury aterrizó ayer en la Compra. Si alguien es capaz de encontrar la fuente real, ese es él. La mano que aprieta es que será mejor que vendamos nuestras acciones ahora antes de que caiga el precio». ¡Bury, estaba en todas partes!

–¿Más?

–Envié a Belinda de vuelta al rincón de la interacción. Lo que busca es un billete de salida. Creyó que era yo. Pensé que lo mejor era enviarla de regreso. Un coche partió justo detrás del taxi. No le di importancia, yo solo tiendo a fijarme...

–Es por mi entrenamiento.

–Exacto. Seguí andando hasta la sección del desecho. Quería una visión general, y de verdad me pareció que estaba sobre algo. Ahí es donde me emborraché tanto. El whisky local. Hecho de...

–¿«La mano que aprieta»?

Renner sorbió más café.

–¡Aghh! Parecían cazadores. Olían como cazadores. «Oh, estoy acostumbrado a cazar a los fantasmas de la nieve. Las pieles se venden por mucho, y si conoces sus costumbres, no resultan tan peligrosos.» Uno dijo: «Por otro lado, sorprendieron a Serge Levoy hace un mes. ¿Crees que quizás están aprendiendo? ¿Mutando?» Otro se rio y comentó: «Por la mano que aprieta, Page, eres demasiado perezoso para ganarte la vida de otra forma».

Bury tuvo un escalofrío.

–A través del Saco de Carbón. La Paja se encuentra justo al otro lado. Los pajeños debieron de cruzar el Saco de Carbón en naves más lentas que la luz.

–No desde que estamos allí –dijo Renner–. No ha habido tiempo suficiente. Y antes que eso... Bury, no pudieron usar el truco de la vela de luz para cruzar el Saco de Carbón. El solo hecho de enviar aquella nave a Nueva Cal les absorbió tantos recursos que colapsó toda su civilización.

–La mano que aprieta –musitó Bury–. O sea, el tercer brazo. Tres alternativas, una de ellas dominante. Dos brazos derechos delicados y un izquierdo poderoso. La gente no piensa de esa manera. ¡Los pajeños sí! Hay demasiado dinero en este planeta. Nosotros buscábamos Exteriores. Quizás no se trate de ellos. Tal vez es mucho peor que los Exteriores.

–No me lo creo.

–Yo no quiero creerlo. –Bury hizo una mueca–. Es una pena que Nabil tuviera que matar a los tres que te atacaron. Creo que podríamos haberles sonsacado algo interesante.

Renner intentó parecer pensativo, pero desistió. Se acabó el vaso de agua.

–¿Cómo es eso?

–Te querían vivo. No fueron los actos de atracadores fortuitos. El Pacífico Sam es un gas que usa la policía, no se vende a los ciudadanos. Eran hábiles, estaban desesperados y disponían de recursos, pero si de verdad hubieran sido expertos, habrían tenido éxito.

–Hábiles aficionados desesperados –dijo Renner–. ¿Quiénes?

–Confío en que lo sepamos por la mañana.

–¿Excelencia?

Bury se volvió.

–¿Tienes algo, Nabil?

–La oficina de registros está cerrada y su computadora no responde, de modo que esta noche no podemos comprobar las identificaciones del patrón retinal, pero Wilfred ha hecho progresos. Ni el primero ni el segundo de los asesinos muestra rastro alguno de oscurecimiento en los pulmones, nada de alcohol ni drogas en el torrente sanguíneo.

–Busca caféina.

Nabil asintió y habló ante la consola.

–Mormones –comentó Renner–. Eso lo limita un poco. Estoy a punto de derrumbarme, Horace.

–A la cama.

Renner estaba desnudo en la sauna. A pesar del agua y de las vitaminas que había tomado la noche anterior, le palpitaba la cabeza, y su estómago rechazaba cualquier idea de comida. Cuando el aire frío le rozó, rugió:

–¡Cierra esa puerta!

Nabil sonrió con disimulo.

–Anoche le complació más verme.

–Seguía borracho. ¿Qué quieres?

–Su excelencia desea verle. Hemos identificado a los asesinos. Son miembros de la tripulación del *Nauvoo Vision*.

–¿*Nauvoo Vision*?

–El nombre es mormón. La nave pertenece a Autonética Imperial.

Renner silbo.

–¿A Bury? ¿Por qué demonios la tripulación de una de las naves de Bury trataría de matar a su piloto?

–No matar. Secuestrar –repuso Nabil.

Con cuidado, cerró la puerta de la sauna.

–*Nauvoo Vision* –dijo Bury–. Capitán Reuben Fox. Nativo de la Compra de Maxroy. Mormón, y recluta tripulación mormona.

–¿Corruptible? –preguntó Renner.

Bury se encogió de hombros.

–Jamás he tenido motivos para averiguarlo. Le valdría la pena pasar de contrabando magnesita de ópalo si hubiera suficiente cantidad, pero de hecho es muy rara. Es el único artículo que exporta este mundo que soporta algún arancel.

–¿Qué más sabes de él?

–Muy poco. Creo que no lo conozco. Debe de haberle ascendido mi capitán de sector. –Bury habló en voz baja en árabe a su computadora de bolsillo–. Quizás merezca la pena averiguar por qué, aunque la razón parece bastante clara. Fox ha sido un capitán útil.

–Creo que deberíamos hablar con él –indicó Renner–. Y será mejor que alerte al Servicio de Inteligencia de la Marina.

Bury hizo una mueca.

–Supongo que tienes razón. En especial desde que puede haber pajeños involucrados.

–También tendrá que saberlo el gobernador.

–No me gusta la atención del gobierno. ¿Debo confiar en el gobernador? Si alguien en este mundo tiene tratos con pajeños...

–Le verás esta noche para cenar. Horace, anoche me persiguieron.

Nabil alzó la vista de la consola.

–Eso es verdad. Resulta bastante claro. Le siguieron, con la esperanza de cogerle solo o únicamente con la mujer. Dejó un taxi esperando cuando fue a la Cima del Mundo.

–Sí...

–Hemos localizado al conductor. Su taxi fue interceptado en Madame Regina's por tres hombres con una historia inverosímil. Perdieron interés cuando descubrieron que usted no iba dentro.

–Entonces queda claro que iban tras de mí. Aún me duele la cabeza.

–No es de extrañar, dado lo que bebiste –comentó Bury.

–Tomo mis reconstituyentes nerviosos. Bury, ¿por qué me querían?

–Imagino que por sus llaves –repuso Nabil–, y tal vez por las instrucciones de cómo entrar en la casa. Llevaban otras drogas. El Serconal habría inducido la cooperación, o por lo menos eso debieron de pensar.

–¡Es ilegal! –protestó Renner.

Bury se rio.

–El Serconal no solo es ilegal, sino que está controlado. Sería difícil conseguir un suministro. Nuestros enemigos tienen recursos.

El capitán Reuben Fox era un hombre de cabello oscuro próximo a los cuarenta años. Se hundía y zangoteaba al caminar. Por lo demás no parecía achacoso. A diferencia de la tripulación de la Marina, los civiles podían descuidar sus ejercicios de caída libre, y recuperar los músculos era un infierno.

Daba la impresión de ir deprisa, aunque no iba a mucha velocidad.

–¡Horace Bury! Su excelencia, nunca esperé que nos conociéramos. ¿Qué le trae..., quiero decir, qué podemos hacer por usted mi nave y yo?

Bury exhibió su esquivia sonrisa pública. Parecía ser solo un hombre viejo y barbudo con una nariz muy prominente y una sonrisa suave, todo lo cual refutaba su reputación.

–A menudo inspecciono mis naves. ¿De qué otro modo podría conocer los problemas en mi organización?

–¡Excelencia, yo no tengo problemas!

–Lo sé. Posee un buen historial, libre de problemas. Cuénteme algo de las operaciones normales de su nave.

–Sentémonos. –Fox se dejó caer pesadamente en una silla. De hecho, Bury ya estaba sentado. Era un hombre viejo, y siempre que podía usaba una silla de viaje–. Somos una nave de carga –comenzó a explicar Fox–. Lo que a menudo se llama un carguero de servicio irregular. El nombre viene de los tiempos de antes del vuelo espacial. Recibimos órdenes para traer cargamento aquí, y cuando disponemos del suficiente flete o pasajeros para hacer que el viaje sea lucrativo, vamos a Darwin. A veces llegamos tan lejos como a Xanadú, y en una ocasión hasta a Tabletop, pero por lo general solo a Darwin.

–Y supongo que también se mueve dentro de este sistema.

–No a menudo –repuso Fox–. Si tenemos cargamento para el interior del sistema de la Compra, podemos alterar nuestro curso hasta el punto de salto y usar el lanzador.

De camino a la nave, Bury había inspeccionado cuadros computarizados de la *Nauvoo Vision*. Era una nave versátil, un vehículo con alas que podía aterrizar en el agua y tenía capacidad interestelar, pero sin campo Langston. Llevaba avíos para una cabina expandida de pasajeros o un contenedor de carga, pero cualquiera de ellos debería añadirse en órbita.

El lanzador (o cañón de expulsión, o tubo AWOL) era un acelerador lineal. Una hilera de monturas recorría toda la extensión del casco, y los anillos electromagnéticos estaban almacenados a bordo. Los lanzadores eran corrientes a bordo de naves que tenían una ruta fija en sistemas muy poblados. También podían lanzar vehículos salvavidas. No obstante, Bury preguntó:

–¿Le da mucho uso al lanzador? ¿Realmente merece la pena cargar con su masa?

–Sí, excelencia. El sistema de la Compra es escaso en metales. Hay pocas minas. Tampoco tiene casi nada en cuanto a asteroides, pero nos durarán los siguientes diez mil años. Las minas deben recibir suministros.

Bury se había dado cuenta, en su rápida lectura de los registros de la *Nauvoo*, de que los anillos y monturas del lanzador habían sido reemplazados dos veces en trece años. Una montura había perdido su alineación y en este momento aguardaba ser sustituida. Los pagos de las minas respaldaban la declaración de Fox de que sí lo usaba mucho.

–¿Su tripulación está completa?

–Faltan tres. Me gusta contratar buenos miembros de la Iglesia, pero a veces se descarrían. Se supone que nosotros no bebemos alcohol, y la mayoría jamás lo hacemos, pero todo el mundo siente curiosidad...

El capitán tendía a explicar antes de que se le preguntara. Era el tipo de cosas que notaba Bury.

–¿Ha sido usted mormón toda su vida?

–No como usted considera mormón –contestó Fox–. Mis antepasados tenían diferencias fundamentales con la Iglesia de la Tierra. Vinieron a la Compra de Maxroy para establecer la fe verdadera. Eso fue hace unos seiscientos años. Estábamos bastante asentados cuando el Condominio nos envió a cien mil colonos. Hombres y mujeres malignos con hábitos malignos. Trajeron alcohol y drogas. La Iglesia trató de mantener el control del gobierno, pero había demasiados colonos. Demasiados para que nuestros misioneros los pudieran convertir. Algunos de los Ancianos se llevaron la Iglesia Verdadera al interior. –Fox esbozó una sonrisa triunfal–. Cuando comenzaron las guerras separatistas, los falsos templos de las ciudades fueron destruidos, pero el verdadero sobrevivió. Nuestro Templo en el Valle Glaciar es el Templo Gobernante para la Compra de Maxroy hasta hoy día.

Bury asintió.

–Fue muy similar a lo que sucedió con los verdaderos servidores del islam. Huyeron de las ciudades al campo, a menudo de mundo a mundo. ¿No he oído yo hablar de una Nueva Utah?

–Excelencia, yo he leído sobre Nueva Utah en la clase de historia. Es un mundo Exterior, establecido desde la Compra en la misma época en que los Ancianos se trasladaron al Valle Glaciar. Hubo relaciones próximas con Nueva Utah, hasta que las líneas de transporte Alderson se perdieron en algún momento durante las guerras separatistas. La geometría estelar cambia despacio, pero con el tiempo suficiente...

–Entonces, ¿su tripulación es toda mormona? –interrumpió Bury.

–Sí, excelencia. Yo soy obispo de la Iglesia. Mi tripulación es obediente y afable. ¿No lo muestra nuestro historial?

–Sí –dijo Bury–. No es infrecuente. ¿Qué hace cuando tiene pasajeros que no son de su Iglesia?

–Conozco a muchos propietarios de restaurantes –repuso el capitán Fox–. Busco miembros de la Iglesia que estén acostumbrados a servir a no mormones, que no deseen formar parte permanente de la tripulación. Vienen para un viaje. –Sonrió–. Se muestran ilusionados. ¿Qué otra oportunidad tiene un restaurador de ver otro cielo? Quizás sea una práctica inusual, pero funciona.

–De hecho, nada en esta nave o en su práctica es inusual. Si tres de sus tripulantes no hubieran tratado de secuestrarte, quizás para abrirse paso hasta mi dormitorio –comentó Bury–, no habría ningún motivo para sospechar de Reuben Fox.

Cynthia se movía alrededor de Bury como una sastra, vistiéndole. Bury se levantó para que le pusiera los pantalones, luego volvió a sentarse.

Renner ya estaba vestido, con elegancia pero sin su habitual ostentación. Se sentó en la cama.

–Oh, oh. ¿Tal vez esos tres tenían dos empleos? De vuelta en puerto, buscando un poco de diversión, alguien les ofrece dinero para romper una rótula... ¿No? Conozco esa sonrisa, Horace.

–Tiendo a fijarme en los números.

–¿Y bien?

–Mundo Pequeño Pequeño, Transportistas de Montañas, Cortadores de Piedra, y otros: estos son los intereses mineros de los grandes asteroides en el sistema de la Compra. Todos antiguos. Transportistas de Montañas tiene más de quinientos años. Emplearon técnicas bien establecidas desarrolladas por el primer Condominio, y se mostraron cautos en su mejora y actualización. –Los dedos de Bury bailaban mientras hablaba. Los datos centelleaban en la pantalla y desaparecieron antes de que Renner fuera capaz de integrarlos–. Pero ¿qué hay de estos? Minas Hannefin, Metales Generales, Unión de Planetoides, Metales Tanner..., esta secuencia, siete en total. ¿Qué ves?

–Nombres sin imaginación.

–Yo no me fijé en eso.

–De breve duración. Cada uno de unos pocos años. Humm..., están en secuencia. Uno desaparece antes de que se registre el siguiente. Hasta con veinte años de separación. Bury, no veo que ninguno cayera en bancarrota.

–Esa sería la suposición obvia, ¿verdad? Un fraude. Muchos nombres, un hombre. Pero ¿durante ciento diez años? Y es evidente que pagaron sus facturas de manera puntual. Por lo menos le han pagado sumas res-

petables a la *Nauvoo Vision* por cargamentos entregados por todo el sistema.

–¿Impuestos?

–Pagaron sus impuestos.

–Todas las oficinas estuvieron aquí en la ciudad del Río Pitchfork. Comprueba las direcciones. –Renner observó los dedos de Bury. A veces las manos del viejo temblaban; sus criados habían aprendido a llenarle las tazas a medias para que no se derramaran. Pero las manos de Bury se tornaban maravillosamente ágiles sobre el teclado de una computadora–. ¿Qué significa eso?

–No hay direcciones actuales..., ninguna. Haré que Nabil investigue en registros más antiguos. Significa que me han pagado por nada.

–¿Eh?

–Bromeaba. El lanzador de la *Nauvoo Vision* se ha usado mucho. Se han lanzado cargamentos por todo este sistema, pero sus objetivos no eran las minas de los asteroides, ni estas minas. Entonces, ¿adónde iban?

–Había amplias civilizaciones en los asteroides del sistema de la Paja. –Renner vio que las manos de Bury empezaron a temblar y dijo–: Solo era una ocurrencia. La mejor apuesta son los Exteriores. Los rebeldes han vuelto.

–No apuesto el futuro de la humanidad ni con ventaja, Kevin. –Bury se echó hacia atrás y respiró hondo–. Bueno. Llegaremos unos minutos antes a la cena si nos vamos ahora.

–Tengo entendido que esa es la costumbre aquí.

–Sí. Veamos qué podemos averiguar en el palacio del gobernador.